

Costo social de los agrocarburos. Caso de la palma africana en Colombia¹

Por François Houtart²

Queridos amigos,

Una palabra para dar algunas informaciones sobre la experiencia vivida junto a los campesinos colombianos despojados de sus tierras por las plantaciones de palma africana destinadas sobre todo a los agrocarburos.

Centro Tricontinental Louvain-la-Neuve, 23 de agosto 2007

[...] Una noche, nos fuimos al Norte de Bogotá, a una comunidad indígena, a media ladera de una montaña para pasar una noche de oración. Reunidos en un sitio sagrado circular, a la luz de un fuego central, escuchábamos un anciano que nos contaba sobre la expulsión de sus tierras por las compañías agrícolas, evento acompañado de masacres. Rogamos por los muertos. Hubo largos silencios. Miembros de la comunidad vinieron a juntarse al grupo. Se saludaban tocándose la frente (saludo por el pensamiento) e intercambiando algunas hojas de coca.

Toma de palabra, de unos tras otros, ya que "la palabra es el alma". El anciano que preside me pide intervenir en primer lugar, ya que soy también "un abuelito". Es un compartir espiritual, en el que se expresa el respeto por la tierra-madre y la importancia de la vida humana. Un reconocimiento también hacia el pueblo hermano que los ha acogido en sus tierras. [...]

En efecto, a la mañana siguiente se habría un seminario internacional sobre los agrocarburos, en el que me habían pedido dar la lección de apertura, tema sobre el que estoy trabajando por el momento, esperando terminar pronto una obra sobre el tema. Entre los participantes, no sólo latinoamericanos y europeos, sino también asiáticos. Al día siguiente paso la jornada con una delegación internacional cerca de la frontera con Venezuela, sobre un afluente del Orinoco en Arauca, para oír testimonios de personas desplazadas, sobre todo campesinos. Es una "audiencia" destinada a preparar una sesión del Tribunal Permanente de los Pueblos que tendrá lugar en el mes de noviembre en Bogotá y que me han pedido presidir. Durante medio día los recitativos más dramáticos se suceden, muchos de los testigos deberán hablar detrás de una puerta en el local sindical: expulsiones por las empresas petroleras, masacres de los paramilitares y del ejército!, bombardeo de un pueblo desde un helicóptero de una empresa petrolera norteamericana. Nosotros interrogamos a los testigos. Un parlamentario europeo alemán que nos acompaña está petrificado por la emoción e incapaz de preguntar la más mínima cosa. Mientras esperamos el avión de regreso, dos policías del DAS (Departamento administrativo de Seguridad) vienen a pedirnos nuestros pasaportes y nos acusan de actividades ilegales y nos amenazan con expulsarnos. La respuesta es clara: nosotros habíamos prevenido a las autoridades de Bogotá. Una llamada telefónica lo confirma.

¹Este documento ha sido enviado por Roberto Hernández Montoya, y traducido por Monica Chalbaud. No se reproduce el texto en su totalidad.

²Catedrático de la Universidad Católica de Lovaina e integrante del Consejo Internacional del Foro Social Mundial. Actualmente es director del Centro Tricontinental, con sede en la ciudad de Louvain-La-Neuve (Bélgica). Contacto: houtart@espo.ucl.ac.be.

Al día siguiente, en la Universidad Nacional ocurre un seminario sobre las Orientaciones socio-políticas de Colombia. [...]

Seguidamente la visita al Norte del Chocó, región fronteriza con Panamá, y cerca de la Costa Atlántica. Primera escala del avión, Medellín, que se ha vuelto una verdadera metrópolis, de la que se puede comprender a grandes trazos la estructura social, sobrevolándola a baja altura y aterrizando en el aeropuerto, situado en el centro mismo de la aglomeración. [...]

Antes de aterrizar sobrevolamos plantaciones de cambures. Las atravesamos después en carro antes de llegar a la pequeña población local. Desde el restaurante observo los detalles de la vida cotidiana y me vienen a la memoria muchos elementos de la novela de Gabriel García Márquez, Cien Años de Soledad. Desde allí tomamos dos carros para llegar a otra pequeña ciudad del interior, donde somos recibidos en el convento de las monjas. Se trata de una congregación colombiana, fundada por la Madre Laura, para el trabajo con las poblaciones indígenas. [...]

Pasamos una parte de la noche con las religiosas. Ellas nos cuentan su trabajo en esta región donde los grandes propietarios poseen millares de hectáreas y donde se extienden progresivamente las plantaciones de palma africana. Ellas nos describen las llegadas masivas de campesinos sacados de sus tierras en las diferentes poblaciones y especialmente en el lugar donde estamos. Hablamos de pueblos cuyas calles no están pavimentadas y los servicios generales son rudimentarios.

Hay un barrio de casas construidas precariamente, con planchas y tablas de zinc, que habitan numerosos campesinos refugiados del interior.

Las monjas, trabajando cotidianamente y en la base, nos cuentan como estos campesinos que afluyen a localidades urbanas, han sido a menudo desposeídos de sus bienes. No teniendo más nada, están obligados a resolverse como puedan. Ninguna compensación financiera, ninguna seguridad social, grandes dificultades para enviar a sus hijos a la escuela, y ningún trabajo para los jóvenes. [...] Cuatro de ellas se expresan: "entre los refugiados del interior, hay muchos afrodescendientes (las poblaciones negras) y también ciertas poblaciones indígenas. A menudo es el terror lo que les hace salir de sus tierras. Los paramilitares, grupos armados informales, pero íntimamente ligados con el ejército, amenazan y asesinan sencillamente para crear el terror". Una de las monjas nos dice: "los paramilitares son un verdadero aparato de Estado, ya que la relación con los poderes militares, políticos y económicos está patente. El gobierno actual pretende desmovilizar a los paramilitares, pero de hecho ellos están tan presentes como antes y siempre igual de armados y un cierto número de los que son regresados a la vida civil, obtienen prácticamente la impunidad y ocupan puestos muy importantes en el campo político, comprendido el Parlamento".

La Superiora de la pequeña comunidad nos explica que estas prácticas políticas están relacionadas con la extensión constante de la gran propiedad terrícola. No hace mucho, una gran parte de las tierras eran bosques. El resto era cultivado por pequeños campesinos o por comunidades indígenas. Fueron implantados primero las grandes ganaderías extensivas, luego el cultivo del cambur y hoy en día la palma de aceite. Son los militares los que al comienzo ejercieron la fuerza para ayudar a los propietarios a ganar progresivamente las tierras de los campesinos. Después, vinieron los paramilitares, para la tarea sucia que los militares no podían cumplir.

Nosotros les preguntamos si la guerrilla es activa en la región. Responden que estuvo fuertemente activa en los años 90, pero que ahora se refugia en las montañas. Se trataba al comienzo de

campesinos desposeídos de sus tierras, organizados en resistencia armada. En el transcurso de los últimos 40 años, esta resistencia, especialmente la de las FARC se transformaron en una organización militar, que recurre para poder continuar a armarse, al impuesto sobre el narcotráfico y a los secuestros. En la región, en todos los casos no encuentran una simpatía particular de la población, aún desplazada, pero no son tampoco considerados como enemigos, ya que en las regiones que controlan, la situación del campesinado es mucho mejor.

[...] El Gobierno, ayudado por los norteamericanos, destruye los cultivos de coca, sobre todo en las regiones montañosas y alejadas de las poblaciones, por la vía de fumigaciones, pero esto no resulta eficaz y por contra, esto produce efectos ecológicos desastrosos. Se ataca a los pequeños campesinos, que a menudo desplazados de sus culturas tradicionales no tienen otro medio de existencia, pero los grandes traficantes logran hacerse un lugar en la sociedad.

[...]

Después de más o menos 75 km, llegamos a la zona de la palma africana. Esta vez, nos metemos por caminos enteramente bordeados por las plantaciones de palmas, plantas relativamente bajas y cuyos frutos se sitúan en la base. A lo largo de una de esas rutas, los frutos de esas palmeras se van juntando en la ruta y vienen camiones a llevarse los para las refinerías, que hemos cruzado. Una hectárea de palmeras da 5.000 litros de agrodiesel. Es pues una producción muy rentable. El trabajo no exige más que una mano de obra bastante reducida, que es traída en camión cada día. Los fertilizantes y los pesticidas utilizados por las plantaciones son químicamente muy destructivos. No queda ni un solo pájaro. Los campesinos nos dicen que los riachuelos y los ríos ya no tienen peces. Uno de ellos, me muestra las huellas de quemaduras en la piel que ha sufrido bañándose en los ríos. Los productos químicos son expandidos por avioneta y no respetan nada, ni los suelos, ni el agua, ni los raros espacios donde queda aun un hábitat.

Llegamos finalmente a un sitio indicado por un gran panel realizado a mano: Zona humanitaria. Después de diez años de lucha sangrienta llevada por la Brigada 17 de la armada y los paramilitares actuando para las empresas de la palma, y luego a partir de 2001, desplazamientos sucesivos forzados, un grupo de campesinos se ha reunido para cultivar algunas hectáreas de tierra en las fronteras de las plantaciones de palma. Han sido expropiados de sus propiedades ancestrales que datan para algunos de 120 años. Han constituido lo que llaman una "zona humanitaria de biodiversidad". Están acompañados por la brigada internacional de paz para su protección. Una Comisión ética internacional ha sido constituida para alertar las instancias internacionales, en caso de violaciones graves de sus derechos y de la cual soy miembro [...]

Las culturas siendo diversificadas, la ganadería relativamente extensa, los bosques abundantes, permitían a estos campesinos continuar una vida relativamente normal, aunque las condiciones de trabajo sean duras. El Chocó era la región de la mayor biodiversidad del país.

Había a varios km de allí un pueblo, con escuela primaria, centro de salud, acueducto trayendo agua de la montaña, una serie de iglesias y de templos de diferentes denominaciones cristianas. Hoy en día, no queda casi nada de esta aglomeración: la escuela, el centro de salud, el acueducto fueron destruidos, para la extensión de los cultivos de la palma. Cada extensión de los cultivos de palma conlleva nuevas masacres. [...] Hace sólo pocos meses que los campesinos se instalaron en esas tierras. Ya, son objeto de procedimiento judicial, como "invasores". Y eso que, todos tenían tierras de las cuales fueron expulsados. Algunas compañías de palmas están activas en la región y en el lugar donde estamos se trata de Urapalma, sociedad anónima.

Como los campesinos no querían ceder sus tierras, inmediatamente siguieron las amenazas. Se les decía: "si Uds. no quieren vender sus tierras, se las compraremos a sus viudas".

Desgraciadamente, los hechos continuaron. En la comunidad que visitamos, 113 personas fueron asesinadas, primero por el ejército y luego por los paramilitares. Lo mismo en muchos otros lugares. No describiré la forma en que fueron masacrados, ya que esto traspasa los límites de lo soportable. Últimamente, uno de entre ellos, un afrodescendiente que debía asistir a una reunión internacional en Chicago para denunciar las injusticias cometidas en Colombia, fue asesinado algunos días antes de su salida. Su cuerpo fue encontrado en el río, por la monja del Sagrado Corazón presente con nosotros. Era una advertencia para los otros.

[...] La visita que hacemos a nombre de la "Comisión ética" está también destinada a evitar que las exacciones continúen en el silencio y en la ignorancia. El Gobierno cuida su reputación internacional, lo que explica el temor a las revelaciones.

Por la tarde vamos juntos como a dos km de allí, hacia el cementerio. Este se encuentra al borde de las plantaciones. Fue completamente destruido por los bulldozers, todas las tumbas profanadas y sobre un pedacito de tierra que se encontraba fuera de la plantación, los campesinos replantaron pequeñas cruces de madera pintadas de blanco. [...]

Esta visión me conmueve profundamente. Es casi la rabia que llega al corazón cuando uno ve cosas como ésta. El capitalismo no tiene ningún respeto por nada. Hay que ganar dinero. Hay que transformarlo todo en mercancía. Es el valor supremo. Los seres humanos no cuentan ya, ni siquiera los que reposaban en paz en ese cementerio de campo. Regresamos cruzando por el camino rodeado de palmeras: las palmeras de la muerte.

[...]

Los asistentes permanecen silenciosos. Una vieja señora de origen africano acaba de tomar la palabra: "Soy una abuela y tengo 29 nietos. Fui expulsada de mis tierras. Mis nietos ya no pueden ir a la escuela. No tenemos servicio médico, ni siquiera un centro de salud. Somos campesinos. Queremos trabajar la tierra. Tanto que yo quisiera que mis nietecitos pudiesen ellos estudiar, desarrollarse en la vida. ¿Qué hemos hecho para sufrir un destino como éste? Deseamos vivir en paz, cultivar nuestras tierras. Aquí había vida y ahora es la muerte. Y sin embargo no hemos perdido la esperanza. Pensamos que el Señor no nos ha olvidado. Continuamos luchando. No nos dejaremos descorazonar por las amenazas y por la violencia. Queremos vivir en paz".

Los jóvenes venidos de Cacarica, van a expresar sus sentimientos con cantos.[...] Ellos también vieron a sus padres expulsados de sus tierras. Piden justicia. Acusan los grandes propietarios y las compañías del agrobusiness. Denuncian a los paramilitares que masacraron a muchos de ellos. Acusan al ejército, al gobierno y en particular al presidente Uribe, el mismo gran propietario de tierras y de minas y artesano de la impunidad de los paramilitares. Algunas de estas canciones son muy duras. Terminan sin embargo en un deseo de lucha y no de desespero.

[...]

A las seis todo el mundo debe estar listo para una operación de destrucción de palmeras. Seguimos el sendero que lleva a la carretera. Un buen centenar de personas allí presentes, campesinos, miembros de las brigadas, jóvenes y viejos. Todos entre las manos tenemos un machete. [...]

Como debemos, algunos, regresar a Bogotá, mi participación no fue más que muy simbólica. Hay que ponerse en marcha para volver a la capital. Les digo adiós con emoción, con quienes había compartido algunas horas muy intensamente. Pero, problema! Durante la noche, un fuerte tornado acostó numerosos árboles sobre la única carretera que nos permitió llegar a la "zona humanitaria".

Nada de que pasen los vehículos. Habrá pues que partir a pie. Algunos nos ponemos en marcha. Desgraciadamente, había yo hecho un falso movimiento dos días antes en Bogotá, entrando a un carro. Mi pierna derecha no está bien que digamos. Pero, tengo un paraguas que me sirve de bastón y ya el camino comenzado, camino por cierto lleno de cerritos y de barro. Los km se suceden monótonos entre hileras de palmeras. Un camión que transporta trabajadores nos cruza. Se había quedado en el interior del perímetro de las carreteras atravesadas por los árboles abatidos. [...]

Llegando al final a buen puerto, el que me trajo telefona con su celular a la pequeña villa del otro lado del río. Hace un llamado a dos otras motos, que terminan por venir a tomar a los otros que habían continuado a pie, cuando el sol comenzaba verdaderamente a caer duro. Finalmente, nos volvemos a encontrar todos juntos y tomamos una curiara para atravesar el río y llegarle a un yEEP del otro lado. Nueva barrera militar. Más de 70 km en yEEP en carreteras imposibles. Camiones accidentados, en fin todo para perder el avión, ya que el trayecto evidentemente nos ha tomado mucho mas tiempo que lo previsto. Finalmente, alcanzamos la gran carretera. El yEEP no logra avanzar a más de 40 m por hora, ya que a cada instante, sobre todo a cada hueco, se pone a sacudirse en todos los sentidos. Cambiamos de carro en la ciudad donde habíamos pasado la primera noche. A toda velocidad nos empujamos al aeropuerto y felizmente el avión tiene una hora de retraso, sino nos hubiéramos tenido que quedar.

El regreso pasa como a la ida: parada y cambio de avión en Medellín y finalmente aterrizamos en Bogotá. Durante el viaje, no pude impedirme pensar en todo lo vivido los dos días precedentes. El film de los acontecimientos me vuelve al espíritu constantemente. ¿Cómo pueden aceptarse situaciones parecidas? ¿Cómo es posible que la Jerarquía de la Iglesia no se haga presente para defender la justicia? ¿Cómo una sociedad puede construirse sobre tales parámetros? Pasando por Medellín, pienso en la sociedad Urapalma, cuya sede se encuentra en esta ciudad. ¿Quiénes son los accionistas? Probablemente excelentes personas, buenos padres de familia, buenos cristianos, que se encuentran alrededor de una mesa de tapiz verde y toman decisiones económicas, en función de la lógica del beneficio, sin ponerse otras preguntas. Hay que denunciar ese sistema. Hay que encontrar quiénes son los accionistas. Hay que saber cuales son las Bancas que los financian y cuáles son sus conexiones internacionales? Hay que atreverse a decir que ellos son los responsables de las muertes, que ellos reducen a la miseria a millares de personas, que impiden a los talentos humanos desarrollarse, que ellos son obstáculo para que muchos niños puedan un día contribuir al bienestar de la humanidad; que ellos representan intereses materiales contra los valores humanos.

Se pudiera pensar que todo eso significa detener el progreso, que un bien superior exige sacrificios. ¿Pero qué progreso y cuáles sacrificios? Continuar un modelo energético que congestiona nuestras ciudades y permite que el 18 de agosto de este año, haya 580 km de tranca en Francia, para no citar mas que ejemplos fáciles? Al precio de daños irreparables a la biodiversidad, a las reservas de agua, a los suelos, al clima, en detrimento de la agricultura campesina y en beneficio del agronegocio para algunas grandes empresas, y más grave aun, a precio de sacrificios humanos, sociales y culturales que afectan millones de gente. Por tanto, otro modelo es posible, de respeto de la biodiversidad, de los derechos humanos y del clima, pero eso exige una voluntad política.

En Bogotá una colega viene a buscarme para encontrarme con un grupo de personas desplazadas que vienen del conjunto del país, con el fin de preparar una sesión del Tribunal de los Pueblos que debo presidir en noviembre. Es en casa de ella que voy a estar. En año y medio, es el tercer apartamento que ocupa en Bogotá, ya que está constantemente amenazada. [...]

Al día siguiente de nuestro regreso, la policía y el ejército bajaron a la "zona humanitaria". Diez hectáreas de palmeras han sido destruidas (sobre 25.000 de las cuales una parte mayoritaria ha exigido la destrucción de un bosque original, viejo de miles de años). Los campesinos cortadores de palmas serán tratados por la justicia "por destrucción del medio ambiente". Un colmo! La presencia internacional impide por el momento que otras masacres se produzcan.

La semana siguiente, durante el seminario de los agrocarburos, una discusión tuvo lugar entre el vice-ministro de agricultura y un representante de la Federación de plantadores de palmas. Este último declara que Urapalma no es miembro de la Federación y que no puede asumir ninguna responsabilidad a ese sujeto. Por contra, dice él, las otras plantaciones responden a un verdadero espíritu de empresa, respetando su responsabilidad social y disponiendo de un código de conducta. En cuanto a los títulos de propiedad de los campesinos y de las comunidades indígenas y negras, él afirma que es un asunto complejo, ya que muchos son falsos. Verificar todo esto toma tiempo y el Estado colombiano que subsidió esas plantaciones debe velar, durante ese tiempo, a recuperar la puesta. En breve, un lenguaje cerrado, frente a esos campesinos desposeídos y sin defensa. Curioso discurso, ya que sabemos que entre 2001 y 2005, 263.000 familias de campesinos fueron expropiadas de 2.6 millones de hectáreas, bien sea por las compañías del agrobusiness, bien sea por los paramilitares ellos mismos, y que la pobreza rural ha pasado de 66 a 69% entre 2003 y 2004!

El vice-ministro, por su parte, argumentando estudios científicos, afirma que Colombia es un modelo de respeto a la biodiversidad en los dominios de los palmariales. Decir lo contrario para él, es incurrir en injuria al país. ¡Se creería estar hablando de otro planeta! ¿Cuál es la lógica que preside a ese discurso y a esas prácticas? La del "progreso" representado por los monocultivos destinados a responder al consumo de los más ricos en el mundo y pronto a la "energía verde" de la que tanto se habla, pero que en su proceso destruye más ecológicamente y socialmente, que de producir ventajas. Es también la lógica del beneficio, ya que las plantaciones representan mucho más valor agregado que la agricultura campesina y contribuyen de esta manera a la acumulación del capital.

He aquí lo que yo quería compartir con Uds., siendo este escrito un mínimo de expresiones de fidelidad hacia los hombres, las mujeres, los niños encontrados durante estos dos días.

Centro Tricontinental Louvain-la-Neuve, 23 de agosto 2007